

“ESTA SEÑORITA TRINI”

Comedia musical de Luis Alberto Heiremans y
Carmen Barros.

¡Por fin una comedia musical chilena! O mejor, una opereta, porque la pieza de Luis Alberto Heiremans y Carmen Barros, que acaba de afronar la prueba pública en el Teatro Camilo Henríquez, es más que nada una opereta de tono menor, con toda la gracia y el encanto que reclama el género.

Su estructura y desarrollo, como los diversos elementos que la integran, encajan ostensiblemente en el patrón vienés. Música original, canciones, duetos, números de “ensemble”, coros y baillables; las dos parejas clásicas con sus idilios paralelos, la chispa satírica, la nota romántico-sentimental y hasta el toque exótico, todo ello se encuentra en “Esta señorita Trini” adecuadamente dosificado y manejado con soltura, con elegancia y buen gusto, dentro de un despierto sentido de este tipo de obra.

Se trata —conviene dejarlo establecido— de un primer paso hacia un campo escénico que inexplicablemente no ha sido cultivado todavía en Chile, no obstante el magnífico material humano con que se cuenta para ello. Le ha tocado darlo, y concienzudamente, al Teatro de Ensayo de la Universidad Católica. Es una iniciativa plausible, que hará época en nuestro ambiente y que, a juzgar por el entusiasmo eufórico con que el público la ha acogido, marcará sin duda el punto de partida de nuevas y más ambiciosas realizaciones en la misma dirección.

Pese a este carácter de experiencia inicial, “Esta señorita Trini” es una nueva confirmación del hechizo que ejerce sobre el público un género teatral, al cual concurren, como se ha dicho con razón, todas las formas de arte susceptibles de ser puestas sobre un escenario.

Y es también una muestra más de la flexibilidad y riqueza imaginativa con que Luis Alberto Heiremans se mueve en la órbita de la creación escénica. Se propuso escribir el texto de una pieza musical y dio en el blanco.

Este texto, en manos de Carmen Barros, se plasgó en una sencilla y agradable partitura, en forma de que letra y música forman un todo orgánico, armonioso y funcional.

Ha sido una doble revelación.

El asunto en torno al cual enhebró Heiremans su simpática intriga tiene sabor y color auténticamente nuestros, y le da ocasión para satirizar con donaire, a través de amables caricaturas y de un diálogo delicioso, lleno de espontaneidad y gracejo.

Su desarrollo, después de un primer acto inobjetable, sufre una notoria caída en el segundo acto y vuelve a repuntar con brío en el tercero, para darnos un final perfecto.

El descenso de nivel del segundo acto, que es ordinariamente el de mayor atracción en este género, se debe, a nuestro juicio, a la ausencia de un motivo melódico capaz de exaltar plenamente su contenido sentimental y su emoción. Allí hacia falta —no olvidemos que la acción transcurre en 1912— un sugerente y cadencioso tiempo de vals, y un desarrollo musical de mayor efecto.

La música de Carmen Barros, alegre, juguetona, de fácil y espontánea melodía, se escucha a través de su transcripción para des-pianos y de las voces del elenco, con atenta complacencia. Cada número provoca cerrados aplausos del público. Agradan sin reservas de las tres solteronas; el fino dúo “Mi corazón también necesita vacaciones”; el “Tango ruso” y sobre todo, la bella tonada con reminiscencias mozartianas “Esta señorita Trini”.

La interpretación se desenvuelve con notable homogeneidad en un plano de gran rendimiento. Carmen Barros, Silvia Piñeiro, Nelly Meruane, Elena Moreno, Maruja Cifuentes, Gabriela Montes, María Valle, Mario Montillos, Justo Ugarte, Charles Beecher, Mario Hugo Sepúlveda y todos los demás integrantes del numeroso reparto, actúan con gracia, cantan afinadamente, bailan y se mueven con la soltura o la parquedad que sus roles exigen.

Los números coreográficos de Joachim Frowin contribuyen a darle a la obra el ritmo y la movilidad que la caracteriza.

La escenografía de Bernardo Trumper es un hallazgo. Cuatro distintos decorados, todos del mejor gusto, en rápida sucesión, dentro del estrecho tablado del “Camilo Henríquez”, significan, escenográficamente, la solución perfecta de problemas casi insuperables.

El vestuario por su colorido, elegancia y propiedad de época, es una fiesta para los ojos. Su diseño pertenece también a Bernardo Trumper.

Finalmente, Eugenio Dittborn en el timón de mando, alcanza un triunfo de excepcionales relieves en un género que se intenta por primera vez en Chile con la dignidad que él ha puesto en su tarea.

C. H. J.

“El Quijote” la célebre